

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 2

Este libro recibió una ayuda a la investigación
del Ministerio de Cultura y la Fundación Francisco Ayala.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2010

© Amelina Correa Ramón

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

La familia de Francisco Ayala y su infancia

ISBN:

Depósito Legal:

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

**LA FAMILIA DE FRANCISCO AYALA
Y SU INFANCIA**

Amelina Correa Ramón

Fundación Francisco Ayala
Universidad de Granada

2010

*Raíz del tronco verde, ¿quién lo arranca?
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?
Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida?
Tierra nativa, más mía cuanto más lejana.*

Luis Cernuda, "Tierra nativa",
Como quien espera el alba (1941-1944)

Preliminar

Los orígenes de un escritor

EN su “tierra nativa” de Granada se encuentran, sin duda alguna, las “raíces del tronco verde” que tan fecundas ramas ha dado luego a lo largo de más de un siglo en el caso del escritor Francisco Ayala.

Si bien es verdad que las teorías literarias que se sucedieron desde principios del siglo XX vinieron a cuestionar con frecuencia la necesidad de tener en cuenta las realidades biográficas de un autor a la hora de afrontar el estudio de su obra literaria, no es menos cierto que ya los formalistas rusos realizaron una serie de interesantes reflexiones acerca del “modo de abordar esa entidad resbaladiza que llamamos *vida literaria*”¹. En realidad, se trataba en muchos casos más de un rechazo al enfoque habitual del positivismo historicista y sus modos excesivos, puesto que difícilmente y sólo desde posiciones muy extremas se puede poner en duda la influencia del entorno: literario, pero también artístico y cultural en sentido amplio, social, político, ideológico y, por supuesto, biográfico. Así, Andrés Soria Olmedo, en su sabio estudio *Fábula de fuentes*, sobre la *Tradición y la vida literaria en Federico García Lorca*, recuerda precisamente unas palabras de Boris Eichenbaum, quien puso de manifiesto “«la correspondencia, dependencia o condicionamiento» de la serie literaria y las series extraliterarias”².

Será justamente esa interdependencia de las series literaria y extraliterarias la que permitirá una afirmación lapidaria como la de José Ortega y Gasset cuando proclama “Yo soy yo y mis circunstancias”³.

De ahí el sentido último del presente libro, que aspira a arrojar luz sobre esas “raíces” granadinas, sobre esas “circunstancias” iniciales que configuran y posibilitan el desarrollo posterior del “tronco verde” de la compleja, polifacética y profunda personalidad intelectual de Francisco Ayala, quien fue un niño que corrió, jugó y creció por las calles de Granada, de una Granada ya en buena medida desaparecida y en donde el tiempo era lento y demorado, y transcurría con una percepción muy diferente a la actual. Qué duda cabe de que la familia en la que se crió, las vivencias infantiles y la personalidad de quienes lo rodearon en tan cruciales momentos de conformación de la individualidad personal debieron de dejar su huella. Ya lo había dicho en pleno fervor del romanticismo europeo William Wordsworth, con unas palabras que han sido citadas abundantemente: “*The child is father of the man*”, “El niño es el padre del hombre”. Coetáneo del propio Francisco Ayala, Antoine de Saint Exupéry proclamará tajante: “Soy de mi infancia como se es de un país”.

La impronta del abuelo: Eduardo García Duarte

EN un ensayo acerca de Lord Byron y la faceta más refinadamente esteticista que caracterizó al vehemente poeta inglés, Luis Antonio de Villena reflexiona acerca de la importancia que puede ofrecer la trayectoria biográfica de un escritor a la hora de explicar suficientemente su obra literaria. En este sentido, concluye pronunciándose en unos términos que abogan por la consideración de que “la biografía –como ya apuntó Proust, al amparo quizás del psicoanálisis– no es sólo lo *fáctico* (los hechos oficiales de una vida), sino también lo *psíquico*. Es decir, no sólo lo que el hombre es, sino, además, lo que quiso ser, lo que aborreció, a lo que aspiró, el *dédalo* de sus ensoñaciones y querencias”⁴.

Y en el *dédalo* de las ensoñaciones y querencias del niño que fue Francisco Ayala resulta fácil reconocer algunos elementos que mantendrán su legendario prestigio con el paso de los años y a través de la tinta de las páginas: así una mítica casa y un jardín, así la sublimada figura de la madre. Pero también una imagen que se dibuja con trazos realzados, percibida inicialmente a través del filtro idealizador de los ojos maternos, pero cuyo contorno se completa posteriormente con las informaciones aprendidas en diversas fuentes, conformando un retrato muy positivo de su abuelo materno, don Eduardo García Duarte, que parece ofrecerse como modelo de coherencia intelectual y personal en el conflictivo panorama histórico de las últimas décadas del siglo XIX en un país en crisis, republicano y agnóstico, perseverante, laborioso,

médico vocacional y docente entregado, a la vez que afectuoso padre de familia. Potencial representante de esa “España del cincel y de la maza” que cantarí­a luego en sus versos Antonio Machado, Francisco Ayala recordará al abuelo fallecido tan sólo un año antes de que él naciera:

Mi madre veneraba su figura, la evocaba con frecuencia, y se complacía en hablarme de él: era su hija menor y, de seguro, su predilecta⁵.

De Eduardo García Duarte conservó la familia numerosas fotografías por las que su nieto pudo conocerlo:

En los retratos que de él se conservan aparece como un hombre alto y más bien delgado, con patillas, o bien, hacia el final de su vida, con unos grandes bigotes blancos –figura de gran prestancia, muy de acuerdo con la nobleza de su carácter–⁶.

En ellas aparece solamente en su madurez o incluso ancianidad, dado que cabría suponer que habría tenido previsiblemente una juventud poco propicia en ocasiones fotográficas debido a la precaria situación familiar en la que nació y creció. El loable esfuerzo de superación personal que representa su figura despierta un evidente sentimiento de admiración en su nieto, visto desde la distancia:

Su juventud había sido trabajosa y económicamente muy estrecha, pues, huérfano de padre, debió sostener la casa sin otros recursos que los del propio esfuerzo, y así lo hizo [...]. De origen social humilde, se había levantado por su propia fuerza de voluntad, típico *self-made-man*, a la eminencia de una posición muy espectable en aquella España donde ya empezaba a abrirse paso una

burguesía enérgica, segura de sus convicciones y de su porvenir⁷.

En efecto, Eduardo García Duarte había nacido el día once de febrero de 1830, hijo de don Manuel García Herrera⁸ y de doña Vicenta Anastasia Duarte Cordero⁹, en la casa familiar situada en la calle del Almendro, en pleno corazón histórico de Madrid. De hecho, el barrio de La Latina al que pertenece se corresponde con el primer recinto urbano de la ciudad en época medieval, y de ahí que sus calles conservaran un típico trazado tortuoso, sólo modificado en parte por las reformas urbanísticas llevadas a cabo a partir del siglo XIX. Fue precisamente a lo largo de esa centuria cuando se derribaron numerosas casas antiguas e insalubres, siendo sustituidas por los clásicos edificios decimonónicos, que se levantan usualmente cuatro o cinco plantas de altura.

Probablemente ése sería el destino de la vivienda en la que vino al mundo Eduardo García Duarte, puesto que en su partida de bautismo consta que la familia estaba domiciliada en un “cuarto bajo” del “número treinta y nueve” de dicha calle. Por desgracia, el Archivo de Villa de Madrid no conserva documentación censal referente a esa década en relación con la calle del Almendro, y los padrones más antiguos catalogados datan de 1847. En esa fecha la calle llegaba tan sólo hasta el número treinta y uno, por lo que se podría presumir que varias de las antiguas y modestas viviendas habrían sido sustituidas por modernos edificios más grandes, lo que equivalía, por tanto, a una menor numeración.

Otra posible explicación se encuentra en la obra de Pedro Felipe Monlau, *Madrid en la mano, o El amigo del forastero en Madrid y sus cercanías* (1850), quien en relación con el sistema de numeración de las casas de la ciudad, explica que, por

sugerencia de Ramón de Mesonero Romanos, se cambió en 1834 el anterior procedimiento, que resultaba notablemente confuso:

Antes estaban numeradas por manzanas, siguiéndose de ahí el encontrar dos y tres números iguales en una misma calle, con lo cual se ocasionaban no pocas molestias a los forasteros y a cuantos tenían que visitar por primera vez a una persona. El señor de Mesonero Romanos propuso en 1831, y el señor marqués de Pontejos realizó en 1834, la numeración de las casas por calles, sistema que evita toda ambigüedad y confusión. Las casas de la acera derecha de la calle tienen números pares, y las de la izquierda los llevan impares, empezando la serie de la numeración por la entrada de la calle más principal o próxima a la línea central divisoria de Madrid, que es la Puerta del Sol, calle Mayor y de Alcalá¹⁰.

Según la leyenda, el nombre de la calle del Almendro proviene de un árbol de tal especie perteneciente a los jardines de una casa que se encontraba antaño en dicha localización, propiedad de Rodrigo de Vargas, quien la había heredado de su antepasado Iván de Vargas, quien se supone fue el amo del humilde patrón de Madrid, san Isidro Labrador¹¹. Al crearse la calle, el almendro quedó en medio, conservándose hasta 1742 en que se ordenó su tala debido a que suponía un obstáculo para el paso. La calle, de sinuoso trazado y carácter castizo, transcurre desde la plaza del Humilladero hasta la Cava Baja, aunque su conexión con esta última procede de finales del siglo XIX¹². De la antigüedad de esta parte de la ciudad puede dar idea el hecho de que en un tramo de la calle del Almendro, todavía hoy en día pueden contemplarse tras una reja restos de la muralla cristiana medieval. Dos pequeñas

bocacalles se sitúan en el lado derecho de la vía; la primera de ellas, que se corresponde en realidad con la parte más antigua de esta calle, recibe actualmente el nombre de Travesía del Almendro. Según se cuenta, en ella estaba el establo que utilizaba san Isidro para guardar los bueyes, así como el pozo que usaba para dar de beber al ganado, ambos lugares localizados en la casa de los marqueses de Villanueva de la Sagra, quienes le dedicaron un oratorio. La segunda bocacalle, Pretil de Santisteban, merece ser recordada puesto que allí estuvo en tiempos el conocido como Teatro de las Musas.

Paralela en un tramo a la calle del Almendro se encuentra la del Nuncio, que toma su nombre de la Nunciatura o residencia de los embajadores del Vaticano que fue construida allí en el siglo XVIII. En la misma calle se halla la iglesia de San Pedro el Viejo¹³, una de las más antiguas de Madrid puesto que incluso aparece citada en el Fuero de 1202. Sin embargo, su actual emplazamiento data de mediados del siglo XIV, cuando fue fundada por el rey Alfonso XI en agradecimiento por la conquista de Algeciras. La parte más antigua y notable de la edificación es, sin duda alguna, su torre mudéjar, construida en ladrillo y con arcos de herradura, y de cuyas campanas se cuenta que fueron colocadas en su sitio de manera milagrosa (pues habiéndoseles atascado entre dos paredes a los operarios que las portaban, al despuntar el nuevo día éstos pudieron ver con sorpresa que las campanas estaban instaladas en su correcto lugar). En cuanto a su portada renacentista, se ha fechado en torno al primer tercio del siglo XVI.

A dicha iglesia fue llevado cinco días después de su nacimiento, esto es, el dieciséis de febrero de 1830, el niño Eduardo García Duarte con el fin de que recibiera el sacramento del bautismo. En éste se le impusieron los nombres de “Eduardo María Saturnino”, siendo su madrina una tal

Aquilina López. En la inscripción practicada en el libro de bautismos consta que ambos progenitores eran naturales de Madrid. En cuanto a sus abuelos, queda reflejado que su abuelo paterno se llamaba Antonio García y era oriundo de Arganda (probablemente se trate de la localidad madrileña de Arganda del Rey), y su abuela materna, María García, “natural de Arenas, obispado de Ávila”, debiéndose entender que se refiere a Arenas de San Pedro, pueblo de origen medieval situado en el suroeste de la provincia abulense. El abuelo materno, Gaspar Duarte, fue registrado como natural de Madrid, y su esposa, Juana Cordero, natural de la vecina Segovia:

Eduardo, María, Saturnino, hijo de Don Manuel García, y de Doña Vicenta Anastasia Duarte, nació el 11 de febrero de 1830.

En la Iglesia Parroquial de San Pedro el Real de Madrid, en el día diez y seis de febrero de mil ochocientos treinta, Yo DON Antonio Tolosa y Casadevall Pbro., teniente Mayor de Cura de la otra Iglesia, Bauticé solemnemente a un niño que nació el día once del mismo mes y año, al que puse por nombre Eduardo, María, Saturnino, hijo de Don Manuel García, y de Doña Vicenta Anastasia Duarte, naturales de Madrid, que viven en la calle del Almendro número treinta y nueve cuarto bajo. Abuelos Paternos Don Antonio García, natural de la villa de Arganda, y Doña María García, natural de la de Arenas, obispado de Ávila. Maternos, Don Gaspar Duarte, natural de esta Corte, y Doña Juana Cordero, natural de la Ciudad de Segovia. Fue su Madrina Aquilina López, a quien advertí el parentesco espiritual, y la obligación de enseñarle la doctrina y la firmé.

DON Antonio Tolosa y Casadevall